

Reto Literario 'Abril-2018'

Rafael Alizo

Image not found.

Capítulo 1

Traspaso

La tribu veía cómo poco a poco las llamas cubrían un montículo cuadrado perfectamente centrado; había sido labor de toda una tarde el construirlo, enterrando al cacique mayor allí. Involucró esfuerzo y tiempo de aquellos que no creían estar allí hacía solo unas semanas.

“La muerte es extraña” decían en su lenguaje, pero *muerte* en su léxico no significaba lo que nosotros creíamos que era (defunción, el cese de la existencia). Para ellos, la muerte era cambio, *traspaso*, como cualquier otra alteración de la energía en esta vida. Al igual que un bebé que se impulsa a gatas, cuando ya tiene la edad suficiente, es ayudado por los padres para andar en sus dos pies, erguido y listo para el nuevo mundo; aquí ocurría lo mismo. No puedes llegar a un nuevo mundo solo, has de estar siendo asistido por otros para lograr tu cometido. La tribu lo sabía muy bien, y cada quien podía poner su mano en fuego cuando se imaginaran en la misma posición del cacique al momento de su traspaso.

Todo mundo haría un montículo y llenarían sus cuerpos de dulces y brillantes flamas que quemarían las preocupaciones que tuvieron en vida, dejando únicamente las cenizas. Era trabajo de la sacerdotisa el ponerlas en una vasija de barro, mezclarla con tierra húmeda e iniciar el rito de traspaso a la nueva vida; sería labor de sus familiares el regar la semilla plantada en el jarrón, pues la planta que allí creciera sería la cúspide de la evolución humana. Por fin el hombre dejaría de ser hombre y se convertiría en naturaleza. Algunos deseaban este momento con ansias en cierto punto de sus vidas. Involucraba manos familiares para su creación, justo como en la concepción misma.

Cuando el fuego se extinguió, hubo un momento de silencio. Todo cantar paró, y la quietud se extendió por toda la sabana. Las aves contribuyeron y los peces se dejaron llevar por la corriente. Una vida se había ido, pero al igual que el silencio de la multitud, no sería para siempre.

Capítulo 2

Paz interior

Cuando era pequeño traté de buscar a Dios en un avión. No en el avión en sí, sino en las nubes, pues todas las historias que había escuchado en ocho años de vida me conducían a que su reino estaba en alguna parte del firmamento nuboso. Tras una ardua inspección vi que lo que allí se acumulaban eran rayos de sol y uno que otro pájaro que volase a una altura tan precipitada. Nada de santos, nada de ángeles y nada de mi abuela. Solo un azul profundo que hizo de mi viaje en avión lo más aburrido que se pudo.

Muchos niños ven con emoción el subirse a un avión –y si es la primera vez, ni te cuento–, pero me pregunto qué sentirán cuando descubren que es una de las experiencias más aburridas que tendrán. Incluso en un tren tienes más paisajes. En el avión te debes sentar calladito, sin hacer escándalo y, si tienes suerte, mirar a la ventana para no ver personas como hormiguitas, sino ver a las ciudades como hormiguitas.

El viaje en avión supone entonces uno de los rituales de madurez más lúgubres que podemos encontrar. Nos metemos emocionados en una caja voladora que muchas veces ha sufrido accidentes violentos en medio del viaje para llegar a un destino que ni se nos hace largo ni corto. Claro que existen los accidentes en otros vehículos, con más frecuencia incluso, pero nos encanta el avión por su inmediatez, y en caso de salir disparados de él, la emoción que nos profieren los últimos segundos de vida, volando, sabiendo que en cuestión de segundos todo por lo que hemos vivido se habrá desperdiciado solo porque teníamos que ir a ese fulano congreso en la brevedad posible.

No planeo que con esto se cree una fobia hacia las alturas o la práctica del vuelo en avión; como he dicho, esto ocurre en situaciones escasas, y hay quienes han permanecido más tiempos en el aire que en tierra sin sufrir ni una quemadura en el asiento. Deberíamos ver entonces el lado bueno del viaje.

He dicho además que el viajar en avión –un avión, digamos regular, no esas bellezas norteamericanas que hasta masajes de pies te pueden dar, ve tú a saber– es una experiencia aburrida, pero lo que muchos no saben, es que el aburrimiento es solo una parte necesaria de la vida que conlleva al pensar. Como si se te impusiera una enfermedad que te obligue a la reflexión. Para un adulto, esto es muy importante, puesto que busca por fin calma y tranquilidad para hacer sus cosas, a saber: leer un libro, dibujar, escuchar música –si te dejan usar dispositivos electrónicos–,

organizar ideas y, si es permitido, comer con gusto.

Para un niño, estar allí es solo quedarse quietecito, algo que va en contra de su naturaleza, pero para un adulto es un éxtasis que nada en el mundo puede arruinar, forrado de la más dulce metáfora que nos indica desprender los pies de la tierra por unos segundos, olvidarnos de las preocupaciones y disfrutar de los pequeños fragmentos que nos ofrecen las nubes.

No pude encontrar a Dios a los ocho años entre las nubes, pero diez años después entendí su significado en mi segundo vuelo, sin emoción alguna, cerrando los ojos y dejándome llevar. Viendo como las hormiguitas eran de diversos colores, porque ahora viajaba de noche, y como indica el contrato biológico, dormir era lo indicado por hacer. Así que dormí.

Capítulo 3

La Naranja

–Por favor TaTa, cuéntenos de nuevo el de la naranja.

–¿De nuevo, es que ustedes no se cansan de ello? La historia ni siquiera es tan buena.

–Por favor, es divertida y muy linda.

–Por favor, TaTa, solo una vez más.

–De acuerdo, va más o menos así.

Habían pasado cuatro días desde que el sobreviviente vagaba en el desierto, sin una gota de agua, cuando se encontró una naranja.

¿Cómo llegó hasta allá? Nadie lo sabía, quizá ni la misma naranja, que reposaba en un montículo de arena de enorme tamaño, tanto como el mismo sobreviviente. La vio, palpó, olfateó y al tacto supo que estaba fría. Era curioso que viera una naranja con esas condiciones. Cielos, ¡Si hasta era extraño ver una naranja allí, en un sitio donde solo crecían frutos secos y arrugados! Pero allí estaba, redonda y jugosa. El hombre caminó meditando su hallazgo.

Era tan naranja como las que había visto en hermosos cuadros de capillas, abadías y obras de artistas famosos. Ella y las bananas eran los centros de las mesas, que era por lo usual un cuenco con fruta varia en él. Se veía tan hermosa bajo la luz del sol... ¡Hasta la cascara se veía apetecible! Pero no supo si debía comerla con grosería o prudencia. Tenía mucha sed, eso sí, pero si la consumía de una vez, a los segundos estaría deseando otra, y los dioses ya le habían sonreído demasiado con ese regalo como para tentarlos de nuevo.

Ahora la naranja pasaba a ser un tesoro apreciado del hombre, que se volvía un reflejo de él. Algo puro y natural en medio de tanta arena y muerte. Los cactus que paseaban a su alrededor y las norias giratorias observaban al hombre con la naranja guiando su camino. La baba solía caérsele de la boca, haciendo charcos donde podían crecer peces de colores hermosos. Claro que es un decir, y pronto el hombre se quedó sin saliva, un día nuevo había pasado y ya estaba al borde de la locura.

Al quinto día, no pudo resistirlo y trato de engullir la naranja. Trató de abrirla con la punta de los pulgares, haciendo un pequeño orificio en

donde se desprendía el fruto de su rama, pero no pudo, el fruto era demasiado fuerte para él. Al principio rió por su debilidad, pero no tardó en buscar desesperación al hecho de que su cáscara fuese tan dura.

Hacía así, y así, y un poco de así, hasta que su cuerpo se tiró al suelo de arena, empecinado en abrirla; había conservado su frialdad, y esta le había ayudado durante el día al pasarla por su rostro, ahora una vez más lo hacía, pero para encontrarse con sus dientes feroces, ávidos de morder la fruta.

Había dicho "¡Dioses, abriré esto con la boca!", y oh, cuál fue su sorpresa cuando uno de sus dientes quedó pegado en el fruto, como si se estuviera burlando de él.

"¡Esto es el colmo!" gritaba, junto a otros improperios que no debéis decir jamás, todo porque no podía abrir una simple naranja.

Quiso tirarla, como si así le dijera que no la necesitaba, pero era una fruta, era obvio que no podría entenderle, las frutas solo hablan el idioma de la fruta. Aunque todo objeto entendía un grito lleno de ira, y eso era lo que el sobreviviente más recitaba. Pobrecillo, enojado y frustrado y con sed.

Creía que se iba a desmayar, cuando una gota le corrió por los dedos, pensó que era sudor, pero era más oscura. Cuando la probó, era ácida, la gota más ácida que había probado en su vida. Se desprendía de la naranja; la trató de exprimir, pero así como era terca al abrir, también lo era al dejarse apretar. Si yo me encontrara con la fruta, solo me la pegaría al rostro, porque ya ella había demostrado que no quería proveer de su jugo.

El día se volvía más oscuro, y la sed y el hambre del hombre pudieron más que él. No tenía más fuerzas para vagar.

Lo que creyó era un espejismo a la lejanía, resultó ser un pueblo pequeño. Se dirigió pensando que al menos en sus sueños podría reposar tranquilamente. Tanteó un poco y cayó por una duna, luego otra, luego otra, hasta que no pudo caer más.

En el pueblo se encontró a un niño sin pantalones, que lo veía con cara extrañada. Su boca estaba tan seca que no podía pronunciar ninguna palabra, tenía más grietas que una montaña vieja. Solo pudo acercarle la naranja, tratando de pedir que se la abriera; tal era su desesperación para poder disfrutarla, que ya no le importaba ser rescatado, más que la de probar el néctar de su único objeto.

El niño la vio sin entender muy bien lo que quería decir. Tomó la naranja y salió corriendo. El hombre tuvo los ojos más abiertos del mundo, así, y fue

tras el niño, quien entraba a una casa, pero sin cerrar la puerta. El hombre entró y vio una mesita con cuchillos, platos, jarras y más cosas de cocina. El niño tomaba un cuchillo y abría la naranja por la mitad, exprimiéndola con suavidad y vertiendo el líquido en un vaso.

El sobreviviente estaba más que contento, era un ángel quien le había ayudado, un ángel que se había tomado el jugo... ¡Se había tomado el jugo! ¡No! El hombre se tiró al suelo, lloró, gritó, gimió y golpeaba las paredes por su desdicha. El niño rió mucho al ver este espectáculo, y sintió pena por el hombre. Le ofreció algo en un extraño idioma, y el hombre no pronunció nada. Cuando le acercó un vaso de agua fría, el hombre no lo negó, sí era un ángel después de todo.

El hombre se quedó en el pueblo por un tiempo, hizo trabajos y aprendió su cultura, pero en el fondo sabía que cambiaría todo eso solo por haber probado el jugo de esa naranja, pues era su mayor deseo, probar la naranja más que saciar su sed.

Capítulo 4

La Vela

Cuando era prisionero solo podía tener un placer: Una pequeña vela que nunca se apagaba en la habitación. Yo radicaba en un cubo sin ventanas, con barrotes que a duras penas dejaban correr el aire, castigo por alguien que solo quería defender su ideal, pero que a los ojos del mundo estuvo errado.

Eso fue hace mucho tiempo, y el proceso de cómo salí del lugar es tan tedioso como el contar mi ingreso, solo importa la vela en esta situación.

A algunos prisioneros les daban también velas, que ellos exigían prender hasta la saciedad, tras haberlas apagado a propósito. La mía nunca se apagaba. Podía tropezar con ella, pero jamás dejaba de emitir su radiante luz. Intenté en una ocasión, convencido de que jamás se apagaría, de escupirle y hasta orinarle encima, pero nada, seguía inmutable, la luz se perdía por unos segundos, pero como las velas de broma para los cumpleaños –que a mi nieto le gusta colocarme para hacerme una jugarreta– siempre se volvía a encender. Aprendía a aceptar mi destino con ella, si a los demás se les apagaban las suyas, ¿por qué debía yo tentar mi suerte?

Supe más tarde, cuando ya pude escapar, que a los demás prisioneros les daban más cosas que a mí, pero eran cosas raras, como plumeros, marcadores secos, facturas viejas y flores marchitas. Supe que antes daban hojillas oxidadas, pero que luego fueron excluidas por haber sido la principal herramienta de suicidio de un interno llamado Joe, el loco.

Joe, el loco, era el nombre de Evans Munroe, le decíamos “Joe” porque tenía la manía de solo referirse a sí mismo (*yo, yo, yo = Joe, Joe, Joe*), y era un individuo tan pintoresco. Si bien no sabíamos del mundo exterior, sí podíamos comunicarnos entre nosotros, y los gritos eran nuestros teléfonos. Joe, el loco, era el más gritón de todos. Cuando algo no le gustaba, le incomodaba o le hacían pasar un mal rato, no gritaba, chillaba. Iiiiiiii. Era tan molesto como triste. Había quedado loco por haber estado en una guerra, lo mandaron a una zona que él aseguraba no iba a ser buena para residir y efectivamente, tuvo razón.

Tuvo su amargo final cuando confundió la hojilla de afeitar con un caramelo de coco; supimos que era un caramelo de coco porque fue lo último que dijo, lo último y lo único que escuchamos de él que no fuese yo, yo, yo. De imaginar la escena me da escalofríos. Pobre bastardo.

La vela fue la única que me acompañaba durante toda mi jornada, y puedo jurar una y mil veces que me indicaba cuando era de día y cuando

era de noche. De día bajaba su intensidad, volviéndose una motita de polvo, pero de noche se tornaba salvaje y llena de energía, agitándose o poniéndose estática con una coletilla de casi medio metro. A mí no me importaba mucho el cambio de día y noche, solo le sacaba una ventaja a esta habilidad para que no hubiese un error en mis raciones de alimentos.

La comida allí era terrible, pero tenía la mágica habilidad de dejarse acostumbrar, y eso es algo que no todos saben lograr en la cocina. Solían dar un potaje que por las mañanas –según la vela– carecía de azúcar, y por las tardes, de sal. Solo comía dos veces al día, y ni siquiera veía lo que era, pero podía jurar que no tenía trozos de animal, al menos un animal conocido. Lo que hubiera dado por un muslo de pollo o una leche condensada.

Solía no pensar mucho en comida, porque la depresión me atacaba, y cuando eso ocurría, mi solución favorita era caminar. Vivía en un cubículo de cinco por cinco, una habitación ciertamente más grande que la que tenía en el ejército, pero con menos libertades. Caminaba para mantenerme activo, animado, vivo, porque cuando pierdes la noción del tiempo y espacio, lo único que te queda es una velita y tu imaginación. Esta última solía peligrar allí encerrado.

Al poco tiempo mis opresores lograban su cometido: hacer que el preso se arrepintiera de sus crímenes, y que encontrase en la reclusión una mejor forma de castigo que la muerte; lo que más dolía no era desprenderse de cosas como el pisar pasto o arena con pies descalzos, o incluso la caricia de la lluvia en la cara, lo que importaba de verdad era la pérdida de memoria de esas sensaciones, hasta el punto en que no solía recordar el color verde.

La vela me proveía el color amarillo y rojo, pero fuera de ella, todo era negro, sin azul, o verde, o morado o rosa, y vaya que extrañaba el rosa ¿Por qué? Porque era el color de los dulces, y de los labios de las señoritas enfermeras que eran igual de dulces.

Es curioso porque ahora, estando en mi posición tan cómoda, me doy cuenta que extraño esa sensación de llenura que me daba la luz de esa vela, era como un vaso de agua cristalina a la que le colocabas un grano de arena. Con tanta agua, parecerá que no cambia nada, pero con el grano te das cuenta de que ahora hay mucho; ahora hay un lugar en específico a dónde mirar en el vaso. Esa era mi vela.

Quizá deba escribir en algún momento todo aquello que viví con esa pequeña luz, pues mis anécdotas son varias, y pueden llegar desde lo escabroso hasta lo fantástico, concluyendo con una luz tenue que

simbolizaba algo que nunca creí encontrar... pronto puede que usted también la encuentre.

Capítulo 5

Pabellón

Había aprendido mucho de ellos.

Los había visto con mis propios ojos.

Llegué a negarlos.

Nunca estuve de acuerdo con su función.

Solo se dedicaban a exaltar la muerte.

Y a ridiculizarla.

Mostrarla como si fuese un espectáculo.

Ahora que me toca estar allí, puedo decir con certeza

“Odio los pabellones de fusilamiento”.

Capítulo 6

Reto

Mi mejor amigo y yo hicimos un reto, aquel que lograra tener la vida más plena para el momento de tener cuarenta años, le pegaría un tiro al otro.

Terminé siendo un millonario exitoso, con mujeres por montón, carros de colección, fama y gloria.

Por su parte, formó una familia, un buen trabajo y adoptó un perro adorable.

Cuando nos reencontramos no supimos que decir. Considerábamos que ambos estábamos en buena calidad de vida, por lo que decidimos aumentar nuestra suerte y tomarnos unas cervezas, disfrutando la amistad y olvidando promesas que dos borrachos se hicieron hace treinta años.

Capítulo 7

Los giros que da la vida

A veces quedas conformes con los giros inesperados que da el destino, en mi caso, fue desprendiéndome –pero no del todo– de mi sueño de toda la vida, el cual era ser piloto de aviones. Me apasionaba la idea de que fuese quien comandase las expediciones de transportar cargas valiosas o personas que decidieran alejarse un poco de su ajetreo para ir a vacacionar. Todos ellos ponen su fe en que el piloto pueda hacer su viaje de manera prudente y correcta; si algo salía ligeramente mal, era su deber responder ante el peligro, y es allí cuando el verdadero hombre surgía.

Con el tiempo opté por continuar con mi infantil sueño, que era hacer el examen de admisión para el cargo, iniciando desde lo más bajo hasta escalar y terminar en la cabina del piloto de prueba. Pero fue justamente en ese momento donde la ansiedad se apoderó de mí y terminé sucumbiendo ante la presión.

Lo siguiente que recordaba era estar en un limbo, pensando que no podía continuar en un mundo sin poder desarrollar mis gustos, pero casi como si fuera un milagro, el televisor se me apagó. Lo llevé a reparar y no me dieron una solución. Busqué en Internet y di con el problema. Luego lo arreglé yo mismo. Tras eso, el de un amigo. El de mi madre. El del vecino.

Ahora heme aquí, en un poste de conexiones para la compañía de cable local, donde, le hago honor al nombre y muevo los cables para que más personas puedan tener su programación ideal. Veo los aviones pasar por encima de mí, pero no me siento pequeño, por el contrario, supe qué era lo que quería; no era el pilotar, era el estar arriba, en los cielos. Si bien en el poste no estoy tan alto como en la nave, al menos puedo estar a la altura de las casas, y ese es un privilegio que no muchos tienen.

Es cuestión de perspectiva.

Capítulo 8

El buen matrimonio de la señorita Lawrence

La señora Lawrence, anteriormente llamada señorita Burrel, iba desfilando galante por el mercado. Su vestido era el más amplio de la villa, incluso la realeza –con quien compartía sangre– la envidiaba.

De soltera, era la atracción de todo hombre, de casada, la envidia de toda mujer. Sin duda era un punto y aparte en lo que a elegancia, porte y alcurnia se trataba.

¿Cuál era su secreto? Le preguntaban los demás ¿Cómo hace para mantener una vida tan disfrutable? Ella solo respondía sé tratar a mi marido. El marido, el señor Pecker Lawrence, era un obrero de una reputación limpia por tener las manos sucias. Siempre que podía, ayudaba a la gente de la villa con sus problemas, sin importar que estuviera en una fosa maloliente todo el día. La señora Lawrence sabía esto, y por eso siempre lo recibía con una taza de té y pan con mantequilla al regresar del trabajo. Le daba un tierno beso y en compensación, él le daba una caricia en la mano.

Podía besarla, abrazarla, llevarla a la cama y ser una fiera (estaba en todo su derecho, pues esta era una de las exigencias de ser el hombre de la casa), pero en cambio, solo le daba una caricia en la mano. Y a ella le bastaba eso; con eso se había enamorado y con eso moriría.

No era un matrimonio como el de cualquier otro, era uno más tenue y reservado, pero que Dios nos perdone si ofendemos diciendo que no era una relación adelantada para su época, y que serviría de ejemplo hasta un periodo indefinido de tiempo. Todo por una simple caricia en la mano.

Capítulo 9

Mi hijo no teme a los fantasmas

Mi hijo me decía que no le tenía miedo a los fantasmas, y yo le creía. Para una edad como la suya, era normal que creyera en personas que salieran de las paredes, a veces con túnicas blancas y sonidos de una sola sílaba; había sido un enorme problema en clases, porque él y otro amigo habían mencionado el concepto de entidades incorpóreas, dejando a todos traumatizados. Yo no fui a la reunión que le impusieron a mi esposa y a mí, pero estoy seguro que ella se la pasó mal, lo sé porque no me habló por el resto del día.

Mi hijo es brillante, y sabe que el humano no le tiene miedo a la oscuridad, sino al peligro que se pueda esconder dentro de ella. Pero razona con suspicacia y se dice para sus adentros que no hay nada que tener, todo lo malo está en su cabeza y puede fácilmente dejarse llevar por el objetivo que desea dentro de la oscuridad (ya busca su vaso de agua él solito).

A lo que sí le tiene miedo es a las serpientes, y no lo culpo, ellas son un miedo real, tangible, pero vive en medio de una ciudad, por lo que es poco probable que se llegue a encontrar una en su cama por mucho tiempo.

Sinceramente, desearía que él creyera un poco más en los fantasmas, no de que sean malos, sino de que están allí por una razón. O al menos que se emocionara al verlos. Quizá así pudiera asombrarse cuando yo entre en su habitación de improviso.

Capítulo 10

Náufrago

Soy un náufrago.

Estoy en medio de la nada. En mi bote.

Las olas no rugen, solo se dejan llevar por la corriente.

Tengo comida suficiente como para dos días más.

No tengo contacto con mi familia. No sé del resto del mundo.

Estoy completamente sano.

El sol no me choca de lleno, el agua, sin embargo, está tibia.

Dejo mi mano fuera del bote, los peces, todos amigables, me hacen cosquillas.

Una tortuga me empuja para que llegue a la costa. Le insto a que pare, pues no tengo prisa.

Ella me mira desconcertada, pero muy amable me deja solo.

Sabe que estoy bien, que estoy en calma.

Eso es lo que necesita el hombre promedio de vez en cuando.

Dejarse perder.

Capítulo 11

No vale la pena

La mente de Clarisa al momento de trancar solo pensaba que no valió la pena otorgarle tantas llamadas a aquel por el que terminaría rompiendo el teléfono.

Capítulo 12

Caramelo

Caramelo quería pasear, quizá para regar las plantas, y como buen amo y amigo decidí ir con él.

Pasear puede ser una experiencia bastante relajante, pero en mi caso, me da una ansiedad inquietante y estresante, porque es desperdiciar tiempo valioso en el que pudiera estar trabajando, leyendo, pintando o escribiendo, solo porque el animal tiene ganas de algo, casi siempre es de orinar u olfatear cierta área de la ciudad.

Comenzamos el recorrido de manera automática, con él arrastrándome por todos lados, como si fuese él quien me estuviera paseando. Me regaló una mirada piadosa, yo no sabía por qué, quizá me estuviera pidiendo permiso para ir al baño, pero él bien sabe que no necesita mi autorización para ello. Vi la dirección contraria a él y me encontré nada más y nada menos que un billete pesado, fue una suerte tremenda, y no sé si Caramelo tuvo que ver con ello; creo que sí, porque luego orinó en el lugar donde estaba el billete.

Luego de eso, decidí que lo llevaría a la tienda de mascotas, para luego comprarle unas galletas especiales de salmón –de las que a él tanto le gusta– como recompensa por el hallazgo. Él las devoró de una vez.

Justo en la tienda nos encontramos con otra sorpresa, buena para él, buenísima para mí. Una cocker española había sido llevada para unas vacunas, y estaba tan bien cuidada y aseada que Caramelo, si tuviera la posibilidad de hablar, también lo haría señalar.

Para mí suerte, la perrita había sido llevada por una dueña que también se veía estupenda. Era la clase de chica que me atraía, no ahondaré en detalles vastos, solo limitaré a decir que era linda.

Ella se dio cuenta de que las estábamos observando y, como si fuese una de esas películas melosas de perros, saludó a Caramelo, ignorándome al principio. Le llenó de mimos y caricias. “Linda y no tiene a su mascota como adorno, bien”, pensé. Ella me saludó y compartimos la misma charla de presentación que cualquiera en una situación así. Incluso la cajera supo que pasaba algo.

Muchos giros se dieron durante esa conversación, y nuestros canes se encariñaron tanto el uno con el otro, que acordamos en salir a pasear un día de estos. Aun llevo su número en el bolsillo.

Siguiendo con nuestro paseo –ahora yo considerando a Caramelo como una especie de amuleto de la suerte– fuimos a comprar un helado. Claro que el helado era para mí, Caramelo ya había tenido sus croquetas. No supe cuál escoger y terminé por el de fresa; Caramelo me miró cabizbajo, y por inercia le pregunté si el de fresa no, así fue sucesivamente hasta que di con el de naranja. Al abrir el envoltorio de la paleta, me encontré una pegatina que indicaba ser un ganador, con la posibilidad de canjear ese envoltorio por un helado más. Lo pedí de nuevo de naranja y una vez más, un nuevo helado. Para la tercera no fue la vencida, pero estaba satisfecho con todo el jugo congelado de naranja dentro de mí. Caramelo había atacado de nuevo. Más croquetas para él.

Ese día la había pasado tan bien y ni siquiera era la hora del almuerzo, sentía que cualquier cosa que hiciera me salía bien, y Caramelo me guiaba aún por la vereda hasta que dimos de nuevo con la casa; quise seguir caminando, en caso de que algo mejor pudiera seguir pasando, pero supe que la suerte ya era mucha y no quería seguir tentándola.

Caramelo se portó de maravillas ese día, y le prometí más croquetas y unos buenos huesos salados la próxima vez que fuésemos a la tienda. El me miró confundido; pobre, si supiera la suerte que tuvimos. Desearía saber si para él también fue un buen día.

Capítulo 13